

## **RENDEZ-VOUS NOCTURNO PARA ESPACIOS ABIERTOS** **Cuentos, Ediciones Holguín, Cuba, 2007**

### **ERA DICIEMBRE**

**E**l muchacho y el viejo empujaron el bote hasta el agua. El muchacho saltó adentro y empuñó los remos. El viejo subió con dificultad. Remaron los dos hasta el centro de la laguna. El muchacho se desnudó completo y saltó al agua. Nadó un poco y regresó resoplando. No pudo subir porque el viejo lo empujó por la cabeza. Los gritos fueron silenciados por el ruido del agua que subía a borbotones. Hubo un momento de lucha, y el muchacho casi logró zafarse, pero el viejo lo había agarrado firme por el pelo. Un último esfuerzo sobrevino. Al forcejeo siguió un momento de calma. Después todo fue silencio.

El cuerpo del muchacho brilló al sol una última vez y se hundió en el agua turbulenta. El viejo lo vio descender hasta que desapareció en el fondo. Estuvo mirando el ir y venir de las ondas en la superficie, se enderezó en el tablón que le servía de asiento y remó con calma. El viento húmedo de la tarde hizo desaparecer las lágrimas que asomaban en los ojos. La sonrisa, en cambio, no desapareció con el viento. Los labios perdieron la curvatura macabra solo con el choque sordo de la proa contra la arena de la orilla.

Para entonces lloviznaba sobre las tierras del valle. El agua pegajosa de diciembre disolvía el barro de las cañadas, y el aire olía a miasmas y a fango herboso. La tierra se pegaba en los zapatos. El viejo subía agarrándose a las cañas. Cuando llegó al amparo de las guindas se volvió a mirar la laguna. Podía ver los juncos moviéndose al aire, y en algún momento le pareció que algo se agitaba en el agua. Sonrió otra vez. Enderezó los ojos viejos y cansados al camino y echó a andar sobre la noche que nacía.

La vieja estaba esperando en el portón. Sobre la cabeza llevaba un pedazo de lona para evitar la lluvia, y miraba al camino con ansiedad. Era bien de noche cuando el viejo llegó.

—¿Lo hiciste? —preguntó la vieja.

—Lo hice. Claro que lo hice.

—Cuéntame.

—Después. Ahora dame la comida.

—¿Y la ropa?

—La ropa está aquí.

Entraron juntos en la casa. La mesa estaba servida. La vieja destapó los platos y puso los cubiertos. El viejo comió con avidez.

—Te vas a atragantar —dijo la vieja.

—Es que tenía hambre. Siempre me pongo así. ¿Me darás un poco de sopa?

—Sabes que no es para ti.

—No importa. Solo un poco. Hace tanto tiempo no la pruebo.

La vieja sirvió la sopa y el viejo paladeó con lentitud cada cucharada.

—No me quedó tan buena —dijo la vieja—. Aquí no es igual. Nunca ha sido igual.

—Pero te lo conseguí todo.

—Sí, pero no es igual.

El viejo terminó de comer. La vieja recogió la mesa y se puso a fregar.

—El sabor no es el mismo—dijo el viejo.

—¿El qué?

—El sabor de la sopa. No es igual.

—Ya te dije, aquí nada es igual.

Se sentaron juntos. El viejo le echó el brazo sobre los hombros.

—¿Me contarás ahora?

—No fue nada —dijo el viejo.

—¿Se resistió mucho?

—Se resistió, sí, —el viejo hizo un gesto de dolor con la mano sobre el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó la vieja.

—No es nada. Me siento extraño.

—Pero habías esperado mucho este momento...

—No te preocupes. Todo está bien. Y la sopa te quedó buena.

—Pero no es igual —dijo la vieja.

—No importa. Vámonos a dormir.

Ninguno de los dos durmió esa noche. El viejo daba vueltas en la cama. Se revolvía inquieto a uno y otro lado. Tuvo alucinaciones de juncos moviéndose al viento, de ondulaciones rápidas y desesperadas, de gritos ahogados y pulmones llenos de agua.

La vieja hizo como que dormía, pero no cerró los ojos en toda la noche. Sonreía con los labios entreabiertos en una mueca culpable. Culpable. La palabra revoloteó dentro del cerebro y fue a posarse mucho más abajo, allá, sobre la superficie lisa y húmeda del corazón.

Cuando el primer gallo cantó en el patio el viejo se levantó con un solo movimiento. La vieja parecía dormir, tenía los ojos cerrados y respiraba suavemente. El viejo se vistió en silencio. Ya salía del cuarto cuando la oyó hablar a sus espaldas.

—Llévame contigo.

El viejo se volvió.

—Pensé que dormías.

—No he dormido nada. ¿Me llevarás contigo?

—¿Qué vas a hacer tú allá?

—Lo mismo que tú.

El viejo se rascó la cabeza.

—No puedes ir. Tu lugar es aquí. El camino está mojado y no podrías caminar rápido.

—Lo haré —dijo la vieja—. Caminaré tan rápido como tú, o más rápido aun.

—Está bien. Apúrate. Ya queda poco tiempo hasta la salida del sol.

—Ya voy, ya voy.

Se fueron juntos por el camino oscuro. La vieja chapoteaba en el fango, pero no se quedó atrás.

—¿Estás segura que hiciste la sopa como tiene que ser?  
—preguntó el viejo.

—Segura estoy. Mira, los hongos macerados en vinagre, las hojas de sauce llorón puestas a secar, la pimienta roja, la col y los nabos picantes, las uvas secas, el perejil tierno, las zanahorias, todo. Pero..., ya sabes. Aquí nada es igual.

—Tonterías —dijo el viejo—. Eran todos productos de primera. No sabes cuánto me costó conseguir esos hongos. Ni te imaginas cuánto.

—Pero lo hice todo bien. Así lo aprendí de mi madre, y así lo hice siempre.

—¿Será que olvidaste algo?

—Te digo que no olvidé nada. ¿Crees que iba a olvidar algo tan importante?

—Pero yo me preocupo, ¿sabes? Si falla algo no me lo perdonaría nunca.

**T**odavía estaba oscuro cuando llegaron a la laguna. El viejo subió al bote y soltó las amarras. La vieja se acomodó en el asiento sin hablar. El bote se sacudía a cada golpe de los remos. La brisa de la madrugada obligó a la vieja a buscar la protección de la borda, pero no se tapó con la frazada que llevaba doblada sobre las piernas.

—Tápate —dijo el viejo.

—No. Está bien lavada y no quiero que se ensucie.

—Allá tú.

El bote se detuvo en el centro de la laguna. El viejo subió los remos y se apoyó en la borda. Miró el agua oscura que la brisa hacía moverse en oleadas continuas. La vieja se inclinó sobre la borda y miró también.

—¿Aquí?

—Aquí —dijo el viejo—. Hay que esperar.

La media hora que pasó hasta la salida del sol les pareció un siglo. Cuando el horizonte empezó a iluminarse el viejo se frotó las manos, apretó los puños y contrajo los labios. La vieja cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró hondo. No podía ver nada en la oscuridad, solo el pálido reflejo de los astros en el agua y una claridad naciente en el horizonte.

—Ya es la hora —dijo el viejo.

Era casi de día, y hacía frío. La vieja y el viejo se tomaron de las manos.

—¿Estás lista?

—Lista. Espera, quiero decirte algo.

—¿Qué?

—Todos estos años he sido muy feliz contigo.

—Ah, eso —dijo el viejo—. Yo también he sido feliz. ¿Estás lista ahora?

—Lista.

Se apretaron las manos y cerraron los ojos. El viejo empezó a decir palabras que salían en un murmullo ronco. Algo como una oración se fue esparciendo sobre la laguna y sobre el valle, sobre las cañadas y los riachos que bajaban crecidos de los montes.

El agua se agitó alrededor del bote. La vieja no abrió los ojos, pero oyó que mil caballos salvajes atronaron la tierra con los cascos, mil alondras volaron raudas, mil lobos jóvenes aullaron en el monte, en las laderas húmedas y en los pinares de las lomas.

Cuando el primer rayo de sol hirió la semioscuridad del lugar un remolino lento empezó a formarse en el agua. Pero eso no impidió que el viejo siguiera diciendo la oración. Y no lo impidió la brisa fuerte que sopló desde el este, ni la llovizna nueva que empezó a caer sobre el campo. El viejo solo se calló cuando el cuerpo del muchacho emergió desde el fondo.

—Ahora, vieja. Ahora. Ya está aquí. Ya está.

Remaron hasta el lugar. El viejo agarró al muchacho por el pelo y le sacó la cabeza del agua. El muchacho tosió fuerte y el agua salió de los pulmones. Respiró hondo y miró hacia el bote.

—¿Abuelo? ¿Abuela? ¿Qué ha pasado?

—Nada. No ha pasado nada.

Lo ayudaron a subir y la vieja lo envolvió con la frazada.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Frío, no. Hambre, sí. Y sueño. Mucho sueño. Pero... ¿qué ha pasado?

El viejo empezó a remar. El bote se movía lento por el peso. El muchacho se durmió en los brazos de la vieja. El viejo detuvo el

bote y se acercó. Acarició la cara del muchacho y le dio un beso en la frente.

—Lo vas a despertar —dijo la vieja.

—Nadie lo va a despertar. No despertaría ni con un trueno. La primera vez siempre es así. Ya se acostumbrará.

La vieja le apretó la mano y besó la mejilla del muchacho.

—Pobrecito.

—Pobrecito nada —dijo el viejo—. Es mi nieto. Ahora solo le falta tomar la sopa. Por cierto, ya sé por qué le sentí ese gusto raro.

—¿Por qué?

—Porque ya estoy viejo. Por eso.

Cuando el muchacho bostezó, los dos viejos se inclinaron y lo besaron al mismo tiempo.

—Hoy cumple trece años —dijo la vieja.

—Sí, y ya es como nosotros —dijo el viejo y lo besó otra vez—. Como nosotros, ¿lo oyes?

Pero el muchacho no lo oyó. Soñaba que era un pez y bostezaba para que sus pulmones se llenaran de agua. Y porque era diciembre, y no tenía nada más que hacer.